

Ante la muerte de la madre de un sacerdote

Queridos hermanos concelebrantes, hijos de María Silvero, particularmente tú, querido Juan Antonio Delgado, hermano en el sacerdocio, hija política, nietas, bisnietos, familiares y comunidad parroquial de San Serván, hermanos y hermanas, amigos de la familia: ¡*El Señor os dé la paz!* Sí, el Señor os dé la paz y la serenidad para leer esta “despedida” desde la fe y con la gratitud al Señor de la Vida por haber tenido a María entre nosotros durante 98 años.

Hoy los aquí presentes compartimos con toda la familia el misterio del dolor que supone para vosotros el perder a una madre, a una abuela, a una bisabuela. Toda la familia, pero sobre todo tú, querido Juan que por tantos años estuviste muy cerca de ella, siéntete acompañado por mí, como pastor de esta Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz, pero siéntete igualmente acompañado por el presbiterio de esta tu *familia alargada* y tan bien representada hoy aquí, en esta Iglesia parroquial de San Serván con la presencia de tantos sacerdotes.

Querido hijos: Aunque vuestra madre tenía ya su edad, sin embargo cuando uno pierde a su madre el sentido de orfandad nunca desaparece pues el afecto, el cariño, los cuidados, la cercanía de una madre nunca se olvidan. Y esto que sucede a todos los hijos, pues todos han sido parte de ella y ella parte de todos, sucede sobre todo en un sacerdote ya que ella sin duda habrá colaborado de forma silenciosa y fecunda con su vocación sacerdotal. Sí, porque la madre de un sacerdote, al mismo tiempo que cuida su vida física, acompaña y ve florecer la entrega sacerdotal de su hijo.

Querida familia de María, queridos hermanos y hermanas: En circunstancias como estas no se oculta el desgarramiento de la muerte, pero estamos llamados a leer este acontecimiento con la mirada pascual de Cristo, sabiendo que, como escuchamos en la primera lectura, “la esperanza de los justos está en manos de Dios” y está sostenida por la fe en la inmortalidad (cf. *Sab* 3, 1-9); sabiendo, también, que en la casa del Padre hay muchas moradas (*Jn* 14, 1-6) y que Jesús ya se adelantó en prepararle una a María Silvero.

Por este motivo, y aunque parezca contradictorio, desde la fe quiero invitaros a todos los que lloráis la muerte de María a *alegraros y regocijaros en el Señor* (*Mt* 5, 12). Decir ánimo, invitar a la alegría, puede parecer fuera de lugar ante la muerte de un ser querido, pero si esa invitación viene de la

Palabra de Dios, si esa invitación la hace el Señor, es porque hay otro punto de vista ante la muerte, y ese punto de vista es el de Dios, como nos revela la Escritura Santa. Cuando Jesús estaba entre nosotros hizo una promesa “en la casa de mi Padre hay muchas moradas”. Todos tenemos un lugar con Él. Y el Señor dijo a Marta y a María cuando murió su hermano Lázaro “yo soy la Resurrección y la vida, aunque haya muerto vivirá”, esa es la certeza que el Señor nos da con su Palabra. Y por eso, aunque las lágrimas humedezcan nuestros rostros, nuestro corazón tiene motivos para vivir estos momentos con serenidad y paz, e incluso para alegrarse en el Señor.

Un funeral es algo más que una despedida, que un acto social. Es una manifestación de fe. Fe en la resurrección de Cristo, fe en la resurrección de todos los que creemos en Él.

Hoy el Señor nos hace dos regalos: a nuestra hermana María el regalo del cielo, a nosotros el regalo de la fe y de la esperanza/certeza de que si Cristo ha resucitado, nuestra hermana María ha resucitado con él. Estos son los motivos de nuestra alegría profunda en estos momentos de dolor.

Querida familia de María. Hoy despedís a la mujer que os dio la vida biológica y, con la gracia de Dios, abonó el terreno de vuestra fe, y en tu caso, querido Juan, tu llamada sacerdotal. Las lágrimas son humanas y lícitas, Jesús también lloró ante la muerte de su amigo Lázaro. El dolor es humano y signo de amor, pero están iluminadas por la certeza de que **el amor jamás muere.**

Querida familia de María: dad gracias al Señor por la presencia de vuestra madre en vuestras vidas. Recordad su maternidad: su amor, su entrega silenciosa, sus desvelos, la fe transmitida en la sencillez del hogar... El dolor de perder a una madre cruza el corazón de cualquier hijo, incluso el de un pastor. Pero nuestra fe ilumina la muerte. Y es desde esa fe como podemos gritar que el silencio y la pena no tienen la última palabra. La muerte no es el final ni la aniquilación, sino un nacimiento a la vida plena.

Que el Señor nos mantenga firmes en la esperanza y en la fe. Fiat, fiat, amén, amén.